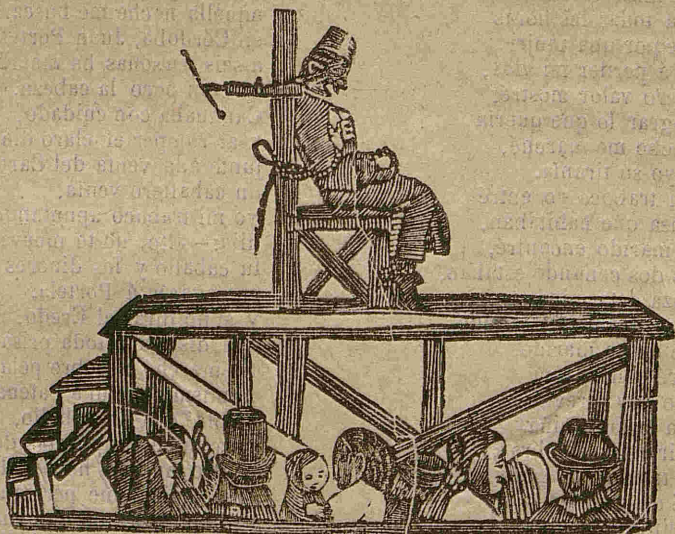


Núm. 57.

JUAN PORTELA.



NUEVO ROMANCE

en el que se declaran los robos y asesinatos que ha cometido
el valeroso Portela en las inmediaciones de Córdoba.

PRIMERA PARTE.

Escuchen, señores míos,
les diré de Juan Portela,
el ladron mas afamado
de la gran Sierra-Morena.
De mis padres fui querido,
todos los gustos me daban:
mas de verme yo perdido,
una mujer fué la causa:
escuchen, señores míos.
Nos dimos palabra cierta
para casarnos los dos.
puse mi aficion en ella,
la que fué mi perdicion;
les diré de Juan Portela.

Fuí un labrador honrado
que en Córdoba trabajaba
á una hacienda retirado;
y por querer á una dama,
fui el ladron mas afamado.
Sin tener de mí una queja
esta jóven se casó
con otro, y á mí me dejó;
cuya causa me llevó
á la gran Sierra-Morena.
Lloreba de noche y día
siempre por una mujer
mas al ver su tiranía
venganza determiné.

Con el sol de Mediodía
un puñal fui disputando,
mis amigos ¡qué dirían!
cuando me vi despreciado
lloraba de noche y día.
Sus quejas llegué á entender
de una picara traidora,
que tan falsa vino á ser;
pensaba todas las horas
siempre por una mujer.
Pronto á perder mi vida,
muy fiero valor mostré,
y al lograr lo que quería
una noche me marché,
al ver yo su tiranía.
Con mi trabuco yo entré
á la casa que habitaban,
y á su marido encontré,
que los dos cenando estaban,
venganza determiné.
—Vengo á quitarte la vida
delante de tu marido.
y pagaré con la mia
si acaso soy atrevido.
Lloraba la falsa niña
al sentir estas palabras;
deten, traidor, tu gran ira;
te daré de puñaladas
para quitarte la vida.
Su esposo quedó rendido,
me miraba con fiereza,
sin color y sin sentido,
cuando ella cayó muerta
delante de su marido.
Aquí acabó mi alegría;
dije luego:—soy perdido;
sin decir Ave-Maria
de un tiro maté al marido,
yo pagaré con la mia.
Salí con mi trabuquillo,
y ví á un grupo que decía:

—Alto, y justicia le pido;
y ella mis pasos seguía,
si acaso algun atrevido.
Giré un poco mi cabeza
con mi trabuco apuntando,
que disparó á toda prisa,
cuatro muertos he dejado.
Me escapé por una puerta
aquella noche me buscaron:
en Córdoba, Juan Portela,
á seis personas ha matado;
giré un poco la cabeza.
Caminaba con cuidado,
y al romper el claro día
junto á la venta del Carpio
un caballero venía,
yo mi trabuco apuntando,
dije:—alto, no te muevas;
tu caballo y los dineros
entregarás á Portela,
y si no dirás el Credo,
que disparo á toda prisa.
Se marchó el pobre pelado
lo mismo que una patena,
yo piré con su caballo,
porque en las puertas de Utrera
cuatro muertos he dejado.
Las partidas me persiguen,
van detrás de mí que vuelan,
pero tengo yo un caballo,
que metiéndole la espuela...
A mi trabuco le dije:
tu te llamas bocanegra,
que disparando á pié firme
necesito una docena;
las partidas me persiguen.
En los montes de Antequera
una mañana robé
á un coche y una galera;
seiscientos machos, chorré,
van detrás de mí que vuelan.

SEGUNDA PARTE.

A dar pienso á mi caballo,
¡ay de mí, que soy perdido!
en una casa de campo
veinte pasos del camino.
A este punto destinado
precipitado llegué,
por el amo pregunté,
quedaron todos turbados,

¿qué se ofrece, caballero?
respondió luego un anciano:
—Esta gente, ¿qué hace aquí?
—Tres hombres están cenando.
—Aquí tenéis á Portela;
darle un pienso á mi caballo.
Uno de ellos dió un suspiro,
de los tales que cenaban.

sus lágrimas derramaban,
cuando á Portela le dijo:
—¡Qué muerte tan desgraciada!
¿dónde vas, desconocido?
tu padre me dió esta carta;
adelante, soy tu amigo,
en las manos de Portela,
¡ay de mí, que soy perdido!

—Y leyendo con cuidado,
estas palabras decía:
«Te van á quitar la vida,
hijo mío: he pensado
que te marches de España,
no cometas mas estragos,
que en Córdoba tu cabeza
ayer mismo pregonaron.»
¡Oh, qué noticias recibo
en esta casa de campo!

Un año justo y seguido
de ladrón mas afamado;
mi vida ya he despreciado,
que para nada la estimo,
vengan pollos y gallinas,
y á cenar todos conmigo,
y despues venga fandango
y buenos tragos de vino,
que este gasto yo le pago
veinte pasos del camino.

Cuando llegó la mañana
le dije á mi compañero:
—como amigo te la entrego,
cuando llegues á mi casa
á mi padre con secreto
le entregarás esta carta,
los dineros y el bolsillo,
porque á mí no me hace falta,
y vivir todos tranquilos
que á mí nada me acobarda.

Bien montado en mi caballo
de la casa me despido,
me tiraron cinco tiros
al subir por un barranco;
aquí te quiero, Portela,
y amparándome de un árbol
dos heridos van por tierra
de un tremendo trabucazo,
y quedó el león guerrero:
me llaman el temerario.

Una partida de capa,
diez hombres muy bien armados
del gobierno son pagados,
y á agarrarme se adelantan;
todos somos andaluces,
fanfarrones no me bastan,

5
y al salir de unos pinos
me tiran una descarga,
me mataron el caballo,
facineroso en mi planta.

Cuando me ví desmontado
de sentimiento lloraba,
á unas peñas retiraba,
cuando todos me cercaron:
—Date, date, Juan Portela,
Ocho tiros me arrojaron
los que hirieron al valiente
en la cabeza y un brazo,
de sangre bañado estaba
cuando el trabuco disparo.

Ya perdí las esperanzas,
de mis padres el honor,
las fuerzas me faltan ya,
del cielo baje el perdón,
la sangre que derramaba
me cubria el corazon;
no siento mi muerte, no,
voy á pagar mis hazañas;
me agarraron entre dos
y con cordeles me amarran,
cuando llegó el comandante
todos ocho me acompañan
me llevan como traidor,
ya perdí mis esperanzas,
quedarse todos con Dios.

Con tal anhelo y cuidado
con bayoneta calada,
á pasos dobles marchaban,
antes de ponerse el sol,
les pedí un poco de agua,
y les dije en alta voz:
—Por Dios, quitarme la vida,
que en Córdoba no entro yo,
que está mi familia honrada,
y de mis padres el honor.
—No te puedo remediar,
el comandante me dijo,
ya no tienes mas recurso,
es preciso caminar;
á Córdoba te llevamos
por órden del general.

Multipliqué mi dolor
al entrar por la ciudad,
á padres, madres y familias
causó gran admiración;
todos gritaban detrás:
—¡Ya cogieron al traidor!
otros lloran sin cesar.
Me llevan á la prision,
me cargaron de cadenas;

del cielo baje el perdón.

Quedarse todos con Dios;
perdon les pido á las gentes,
que una mujer fué la causa
de pelear con la muerte.
Me toman declaración,
trece muertos, dos heridos,
ladron un año he sido,
mi causa finalizó,
tiene pena de la vida
todo el Tribunal firmó,
ya me ponen en capilla
con un Cristo Redentor;
¡ay, padres y hermanitos!

Aquí se amansa el valiente,
aquí se pierde el valor,
la honradez y el pundonor
y se afrentan los parientes;
aquí tengo el confesor,
ya Portela se arrepiente,
ya el patíbulo me espera,
mañana será mi muerte,
de los males que he causado
perdonen todas las gentes.

Calles, ventanas y casas,
Córdoba y sus habitantes,
perdonenme en adelante,

socorred mis dos hermanas;
ancianos, padres y niños,
las peñas y las montañas,
las fuentes y mis amigos,
llorad vuestra dulce calma,
y no olvidareis confío,
que una mujer fué la causa.

Ya salgo con un piquete
y una caja destemplada,
la Caridad me acompaña,
me miran todas las gentes;
adios, adios, compañeros,
adios, adios, para siempre...
Veinticinco años de mundo...
mirad todos á mi suerte:
un Santo Cristo en mis manos...
le pido que no me deje.

Ya subo por la escalera,
ya el verdugo me acomete,
creo en Dios Padre y Dios Hijo,
aquí fué el dolor mas fuerte:
ya me sientan en el palo,
mirando estoy á la gente,
me retiran la cabeza,
en un torno el cuello meten,
y al decir su único Hijo
á pelear voy con la muerte.

FIN.

CARMONA.—1886.

Imprenta de LA AURORA, Plaza de San Fernando núm. 15.